

## LA NUEVA JUANA

Tras veinte años de apariencia, Juana se hartó de pretender ser quien no era. Esa traición a ella misma ocurrió desde temprana edad, cuando en el funeral de su tío, mientras sus familiares lo despedían con gran dolor y llanto, ella se paseaba con calma en la habitación pronunciando sus ideas a diversos grupos:

- “Aunque parezca valiente para ustedes, llorar a nuestro ser querido es de lo más egoísta del mundo.” – dijo a un grupo de primos de seis años, que ahogaron el llanto con una sorpresa que a penas entendía lo que ella les comunicaba.

- “Si el dolor que sentimos es el precio que pagamos por haberlo apreciado tanto, siento que es muy barato.” – les comentó a las hermanas del fenecido, que se encontraban justo al lado del recién partido.

- “No se preocupen tanto familia, él solo se nos adelantó.” – mencionó a los que estaban cerca de la mesa con los aperitivos -. “A menos que haya uno de nosotros que sea inmortal, y aún no me entero.” – concluyó con su pan en mano.

- “Tía, si la voluntad de Dios era que le acompañara, créeme, no hay nada que hayamos podido hacer para evitarlo, así que deberías empezar a respetar esa dec...”

Sin que sus palabras terminaran de ser recibidas por el fuego de la mirada desaprobadora de la viuda, su madre la hizo a un lado para decirle:

- “Juanita, cariño, si quieres tener éxito en la vida, debes aprender a ser más dócil, y tienes que empezar a reservar tus opiniones para la casa, o mejor, para tu diario. Así no lastimas a los demás con tus ideas, ¿de acuerdo mi vida?”

El éxito parecía ser una noción lejana para la pequeña, pero viniendo de la persona que más admiraba, seguro lo sugería por su bien. Por eso, Juana se empeñó en ser la joven más apacible de su entorno, sin importar el costo de esa decisión.

Años más tarde, el peso de las palabras de su madre había difuminado su personalidad, y mutilado pequeños fragmentos de ella, y esta tarde mientras Juana, ahora adulta, se veía en el espejo, se percató de su desdicha y no lograba encontrarse. Veía un reflejo en el frente, pero no podía percibirlo, ni diferenciarlo de forma exitosa.

Al percatarse, ideó un plan sencillo en su cabeza:

- Solo tengo que pensar con todas mis fuerzas en el pasado, y quizás así pueda regresar y hacer lo que verdaderamente deseo. – se dijo, intentando convencerse de la tangibilidad del plan.

Juana se acostó en el piso del baño, tomó el aliento más grande de su vida, y la vi. Cerraba los ojos y asentía, como si se estuviera aproximando al lugar y momento donde todo cambió. Luego los abría y la veía negar con su cabeza como si su mente la estuviera dirigiendo a un lugar indeseado.

La vi confundirse cada vez más, y de repente Juana se retorció en el suelo, sudaba ansiedad; fruncía el ceño, y esbozaba una mueca de arrepentimiento, como si el deseo inicial se hubiese transformado en algo que no quería, y el resultado sería inevitable.

Tras su batalla, y desilusión externa, la vi calmarse. Su rostro se relajó, y el movimiento de su cuerpo se detuvo. Juana empezó a incorporarse, esperando encontrarse en el espejo, pero al abrir sus ojos, solo contaba con dos huecos, y al intentar clamar por ayuda, sus labios se cerraron en lo que parecía ser una máscara pálida y maleable.

Con la respiración agitada, esperando que lo experimentado fuera un sueño, Juana se acercó y tocó el espejo, y no pudo verme, ni sentirme. Al tocarme, no se percató de mi presencia, no se enteró de que siempre estuve, no supo que nunca me fui.

Con tristeza, acepté y comprendí la señal, mi propósito hecho realidad. Era hora de ser la nueva Juana.

- Jurón Ureña